

Editorial

La relación entre la estética y la política está de moda, más allá de ello para bien o para mal, ambas dimensiones siempre interactuaron entre sí. El marketing lo sabe muy bien. Platón mucho antes de la invención del término estética, ya decía que el conflicto entre la poesía (en sentido amplio del término) y la filosofía era antiguo y ello implicaba desde luego, la política, en este caso, en forma implícita porque es Platón quien al plantear el futuro de la polis Griega la ejerce magistralmente con su obra. ¿Importa volver a pensar la modernidad desde nuestro presente y a partir de una visión estética? (lo que significa también, tomar partido por el entorno histórico definido como "posmoderno"). Parece que sí. Veamos.

Para tal fin, habría que partir de la globalización considerada en sus dimensiones económicas, políticas y culturales. Y el arte ha tomado debida cuenta de ello. Esto implica asumir que para la mayoría de los artistas del presente, el modernismo es un fenómeno cultural occidental, y su contexto, la modernidad realizada, está clausurada como tal. Entonces, ¿cómo crear y pensar fuera de ese marco paradigmático? Evidentemente ya no se trata de influenciar a nuevos dadaístas desde el arte africano o retomar el arte japonés para inspirar a un nuevo Manet posmoderno.

El arte a partir de ello tiene dos caminos, el primero es la búsqueda radical de una alternativa a la estandarización y repetición neurótica de la herencia modernista transformada en museo e industria cultural, incluida la vanguardia.

El otro camino es la fetichización de los principios modernistas para remediar la imposibilidad de una identidad de origen, junto al ejercicio de la crítica como simulacro. Ni qué decir del devenir de la política, los sucesos de Argentina y Venezuela son un ejemplo de que ésta sufre el mismo problema que la estética. En Argentina se habla de un nuevo default económico, pero en realidad se trata de algo más profundo que viene de un pasado que persiste en el presente: lo que desde hace rato está en default es su imaginario social que como tal se reproduce en su fracaso educativo y se encarna en la inconsistencia de la mayoría de sus actuales dirigentes. No se superan los errores del pasado volviendo simuladamente a ellos, ni como en Venezuela, utilizando un pajarito para comunicarse con un fallecido líder latinoamericano en el más allá. Tampoco ha dado sus frutos la macumba ni la astrología. Es cierto la tecnocracia fracasó, pero no por ello debemos recurrir a su hermano menor, el pensamiento mágico.

Los artistas en cualquier latitud, tienen hoy como tarea imaginar lo que podría ser la primera cultura verdaderamente mundial, es decir planetaria. También los educadores y los políticos, aunque se encuentren muy lejos de ese objetivo, a pesar de los avances en las condiciones jurídicas, económicas y sociales básicas de la educación.

Tanto en arte como en política la inventiva y genialidad individual no es un verdadero índice de inteligencia social, como es el caso de la sociedad argentina, porque la inteligencia individual puede convivir con el fracaso cultural. La educación debe producir las condiciones de posibilidad para la emergencia de la inteligencia social creando ciudadanos estrategias en contextos de creciente complejidad; si ello no ocurre, el potencial individual de la inteligencia, salvo en situación melancolía o resentimiento, desafilia a los sujetos de sus instituciones, sin crear las condiciones para que ellos las recreen. El resultado: la diáspora o el exilio. La cultura se transforma entonces en un archipiélago o en un baldío. Una sociedad inteligente es aquella que no sólo resuelve los problemas de su tiempo sino que crea alternativas de vida para los proyectos personales de sus miembros, porque las herramientas de su cultura no sólo les permiten sobrevivir sino inventar modos de vida.

Volviendo al arte y su búsqueda de alternativas, una paradoja viene ligada a este objetivo: es que tiene que efectuarse contra la uniformización política que producen las estrategias de la “globalización”, y no sobre sus huellas. Para que tal cultura emergente pueda nacer de las diferencias y singularidades, en lugar de alinearse en la estandarización vigente, tendrá que desarrollar un imaginario específico y recurrir a una lógica totalmente distinta de la que preside el capitalismo integrado. Por cierto, este capitalismo globalizado también ha surgido de la misma manera, porque es el fruto de un nuevo imaginario producido por una élite e impuesto y desarrollado en su extensión social como un “hecho natural” de la condición humana.

Si En el siglo XIX, en Europa, la modernidad se cristalizó en torno al fenómeno de la industrialización, que luego fue copiada y simulada en el llamado Tercer Mundo, de igual manera al principio del XXI, la mundialización económica trastorna nuestros modos de ver y de hacer con una brutalidad similar. Produce las crisis de escalas sociales e institucionales del presente y hace añicos las antiguas fronteras, pero éstas no desaparecen sino que se transforman en nuevos espacios de tránsito más complejos, crueles y virtuales, cuyo contenido es la errancia humana. Según el International Migration Report desde 1970 el número de migrantes se ha duplicado. Más de 200 millones de personas viven fuera de su país natal, cifra que no cesa de crecer y que requiere de una nueva mirada.

La intensificación de los flujos migratorios y financieros, la banalización de la expatriación, la densificación de las redes de transportes y la explosión del turismo de masas, dibujan nuevas culturas errantes, que desencadenan violentos repliegues identitarios, étnicos y nacionales. Las fronteras ya no son sólo troquelados geopolíticos sino flujos de espacios-tiempo, que como las dunas se deslizan por un territorio efímero. Allí, en esos nichos errantes todos somos queers porque en las sociedades globalizadas “el hábito no hace al monje” y la identidad es parte del consumo cultural, como muy bien lo ha señalado la estética punk.

Pero lo que se juega en la errancia planetaria es la tensión entre la estandarización de la condición humana o la construcción de una sociedad planetaria plural, solidaria, mancomunada y atenta a los estragos de la crueldad humana individual y social, que no puede ser entendida como una mera “teoría del riesgo”. Una unidad en la multiplicidad abierta y errante, donde es preciso repensar la relación entre lo humano, la Tierra y el planeta. Tal vez...

Mientras tanto, la poéticas del presente ya han asumido este desafío, ellas saben que no es posible vivir en un “post...” ni tampoco es posible volver al origen para superar el desafío, por más que este sea multicultural. Las insurrecciones locales contra la estandarización nada tienen que ver con lo multicultural ni con lo nacional, sino con la búsqueda de alternativas donde el intercambio y lo común pertenezcan a un mismo territorio abierto y no a un mundo clausurado y homogéneo controlado por flujos de capital y sus instituciones serviles. El arte del presente nos muestra que en un mundo clausurado lo abierto sobrevive nómada entre archipiélagos y esto es lo que se le escapa a la política y también a la educación.

El Director